

LOS HIJOS DEL RÉGIMEN

ESTE conjunto de jóvenes ufanos que, flanqueados por algunos veteranos, forman el gobierno nuevo, son los hijos del régimen. Los herederos. Tienen que "reconocer y respetar lo que se ha hecho en una larga etapa de paz y prosperidad", les ha dicho el Jefe del Estado en su primera reunión formal. Administrar bien el patrimonio. Tienen algo de equipo, de unidad, de identidad, incluso en su porte, característico de una clase política, de una "nueva clase" que forman siempre los herederos de una revolución asentada. Asombra algo pensar que son ministros por casualidad, porque los propósitos iniciales de su congregador no salieron bien. Tan coherentes parecen que cabe dudar mucho de las versiones iniciales de la crisis, según las cuales los presentidos —utilizando esta palabra del vocabulario político francés— para ser ministros hubiesen renunciado. Pienso si algunos de los ministros anteriores se apresuraron a renunciar a la blanca mano de Doña Leonor, con sus cartas públicas, antes de verse simplemente rechazados. Creo sinceramente que el señor Fraga, con sus ambiciones, no hubiese querido ser ministro del Gobierno del señor Suárez, pero creo también que el señor Suárez no hubiese tenido el menor deseo de contar entre sus filas a éste y a algún fracasado del Gabinete anterior. El señor Arelliza es otro caso. Se cuenta que el día de la crisis había un cierto ambiente de júbilo en la casa del conde de Motrico, que esperaban su designación, la inclusión de su nombre en la terna del Consejo del Reino y la elección de la Zarzuela. No lo esperaba sólo el señor Arelliza, sino una gran parte de la opinión liberal del país. Hubiera sido un signo bastante claro de una tendencia hacia esa liberalización que se espera: el veterano converso tiene esa estofa. Hubiese sido acogido con alivio, y no con la desazón y la inquietud que trajo el señor Suárez y su equipo de jóvenes anónimos. Pero de ahí a concluir que los liberales no han querido formar parte del gobierno hay un abismo. Y una maniobra. La de ayudar a definir a este gobierno como lo contrario de "los liberales". El balance del gobierno anterior no ha permitido considerar a aquel equipo como liberal. Bajo su corto mandato ha pasado de todo, y no desde luego tan beneficioso como hubiera querido decir el señor Fraga en el discurso de despedida que no le dejaron pronunciar. Es posible que su liberalismo, su respeto por las libertades de los que no están en el

poder, por las libertades públicas en general, se agudice en la oposición y se manifieste con más persistencia que cuando estuvieron en el poder. Su oposición ahora va a ser difícil. No podrán sumarse a la oposición democrática a la que han combatido con todas sus uñas. La gran derecha les rehúye, como la izquierda y la derecha moderada. Les espera el purgatorio. Se lo han ganado.

PERO que no se utilice su nombre para deteriorar al gobierno que entra. Nadie va a creerse con facilidad que el señor Arias es más liberal que el señor Suárez, que el señor Fraga lo es más que el señor Martín Villa o el señor Arelliza más que don Marcelino Oreja, quien ni siquiera tiene necesidad de ser converso. Cierto que nadie va a creerse tampoco que el gobierno nuevo está formado por un equipo joven "formado por profesionales de carácter abierto y sobre todo progresista": el término progresista tiene en nuestro país unas connotaciones que no responden en ningún caso a las biografías, comportamientos, talentos o actitudes de estos "profesionales". No está bien tomar los nombres de los otros, de los que además del nombre tienen un contenido. Ni aquéllos fueron liberales, ni éstos son progresistas aunque lo diga uno de ellos: el señor Rengifo, ministro de Trabajo. Mucho menos les puede corresponder lo que con la rapidez del rayo ha disparado la propaganda oficial, el título de "generación del silencio". Un poco más de respeto. No se pertenece a una generación por tener una edad aproximada a la de los que la encabezan. La "generación del silencio" ha sido la sufrida, perseguida, maltratada y realmente silenciada generación de los que no eran hijos del régimen. Ni siquiera hijastros. El nuevo gobierno podría comenzar por suprimir estas muestras de mal gusto, y de apropiación de esta pobreza que es el patrimonio de los otros.

LO que sucede es que contra una veintena de nombres distintos, y también poco conocidos —y hay numerosas veintenas disponibles—, el gobierno hubiera dado la misma sensación de coherencia y de estilo general. Los hijos del régimen abundan, y están disponibles. Nos hemos quejado numerosas veces de que estuviésemos siempre manipulando los mismos nombres como para

quejarnos cuando aparecen nombres distintos. La duda está en saber si estos nombres son "distintos", o si lo son en relación a qué. ¿Qué pueden hacer los hijos del régimen? A la hora de escribir estas líneas no se conoce todavía su declaración programática. Se asegura que la redacta una comisión formada por los señores Martín Villa, Marcelino Oreja y Landelino Lavilla. Las escasas palabras pronunciadas por el señor Suárez ante la televisión no indicaban nada. Quizá cuando fueron redactadas indicaban más: se dice que fueron podadas y, concretamente, que una alusión a la amnistía fue suprimida tras una consulta con el vicepresidente, teniente general De Santiago. Puede o no ser cierto. Pero se dice que va a reaparecer en la declaración gubernamental, e incluso que la amnistía va a ser decretada con motivo de la festividad de Santiago, lo cual sería lamentable, porque quedaría ligada a una magnanimidad de espíritu religioso lo que es una condición política previa para la normalización de la democracia a la que se aspira. Se dice también que en uno de los actos principales del gobierno en sus primeros días habría una especie de reconocimiento implícito del partido comunista —piedra de toque de la profundidad de la renovación— por medio de la legalización de las Comisiones Obreras, lo cual sería también un error, una parquedad, un acto timorato. Se huiría, sobre todo, del nombre, y en esta fuga podría incluso reconocerse al Partido Socialista Unificado de Cataluña, que, siendo enteramente comunista, no tiene ese nombre. Podría caer este gobierno nuevo en el subterfugio de rehuir las palabras o de buscar coberturas religiosas para dos de las premisas más importantes que la oposición democrática busca para entrar en pacto o negociación, y cometería un error. Debe entrar en la política sin esas sutilezas. Se busca y se espera un realismo. Pero, en realidad, todas estas consideraciones son anticipadas. Se basan en informaciones de periódicos diarios. Y los periódicos diarios no han estado muy acertados en sus profecías en las últimas semanas. Cierto que eran unas profecías imposibles. Todo ha sido extraño, todo ha sido fuera de los circuitos por donde se esperaba que transcurriera. Y sin que esto sirviera para dar señal de imaginación, de audacia o de esperanzas, sino más bien en un tono autocrático y seco, en un tono de disposición personal que no puede hacer esperar demasiadas cosas. El talante es



el mismo. En un terreno casi epistemológico podría discutirse si éste es el segundo gobierno de la Corona o el primero, considerando al anterior como el último del franquismo: son consideraciones sin demasiada importancia. Más bien parece este un gobierno franquista, teniendo en cuenta que la Corona, hasta ahora, es un segundo franquismo: la Corona es también una hija del régimen. Habrá que esperar que llegue a su mayoría de edad política para considerar cómo se comporta en su independencia.

CON el mismo carácter analítico y escrutador con que antes se examinaban las palabras de Franco se examinan ahora las del nuevo Jefe de Estado: seguimos en un terreno de discreción, de incomunicación. La comunicación no se establece con viajes, 'posters' o imágenes en la televisión, sino con palabras y con compromisos históricos. Las palabras del Jefe del Estado en la primera sesión formal del Consejo de Ministros fueron muy discretas. Hay un buen gusto en ellas al eludir palabras como democracia o como reforma, pisoteadas por el gobierno anterior y su burdo lenguaje político para disfrazar la situación. Pero se teme también que ciertas alusiones sean muestras efectivas de un paso atrás. Los comentaristas políticos, impacientes y optimistas, se han fijado sobre todo en una frase de esta alocución, en la que se dice que "a las tareas normales de gobierno (...) se suman hoy las de pulsar y conocer en profundidad las aspiraciones del pueblo español, acertar a canalizarlas por cauces de autenticidad y normalidad...", lo cual se interpreta como un anuncio de referéndum y de elecciones generales y de una apertura de cauces parlamentarios. Es decir: lo que ya se decía. Se pregunta uno por qué si el Jefe del Estado hubiese querido hablar de referéndum, elecciones y parlamento no lo iba a decir con

esas palabras, en lugar de con los enigmas que se le atribuyen. Y por qué se olvidan en estos subrayados las palabras que les preceden y les siguen: "con fidelidad a las leyes que constituyen nuestro ordenamiento jurídico" y "reconocer y respetar cuanto se ha hecho en una larga etapa de paz y prosperidad". En realidad no se debería ir tan lejos en el análisis. Más bien parece que el Jefe del Estado pretende, con unas palabras distantes y cordiales, dejar el protagonismo de lo que vaya a suceder a su gobierno. Más que sus palabras, interesan sus actos, y uno de los más importantes de su Jefatura ha sido el de abrir la crisis del gobierno anterior y elegir al nuevo jefe de gobierno y aceptar sus ministros. Es en ello donde tiene parte de su responsabilidad.

NO palabras, actos. Ya que las palabras en este país son todavía escurrizas y dan miedo a quienes las pronuncian. Tiene poco tiempo este gobierno para afirmarse con sus actos. Acierta el nuevo ministro de Información, señor Reguera Guajardo, cuando dice: "Somos un gobierno de transición con un plazo muy breve para realizar lo que queremos". Nadie ha pensado que vayan a consumarse los cinco años marcados por la Ley para el jefe de gobierno: es grato que el propio gobierno sepa que es así, y que su tiempo se consume velozmente. El gobierno anterior no lo supo, creyó que el tiempo era suyo, y lo ha pagado. Si todo se desarrollara según lo ideal, el gobierno dejaría su puesto tras haber conseguido una elecciones generales libres, con todos los partidos políticos en presencia y con igualdad de oportunidades, sin programa oficial pesando sobre ellas y con las fuerzas de orden público garantizando la libertad de voto. Y ese parlamento así formado sería constituyente, se quisiera o no, porque entonces sí habrían entrado en él las

fuerzas reales del país y no sólo los hijos del régimen: y entonces sí podría ser el primer gobierno de la Corona, si la Corona aceptase esa situación. Pero si este gobierno no acierta a conseguir muy rápidamente esa normalización, también será breve, transitorio. Porque la realidad del país no lo reconocerá.

NO hay todavía primeros actos del gobierno por el que se le pueda considerar. Podría apuntarse la acertada solución de su primera huelga, la de los carteros: donde el gobierno anterior militarizó, y no consiguió más que disfrazar la situación o curar los síntomas, pero no la enfermedad, este gobierno ha aceptado el pacto con los huelguistas, lo cual tiene más valor por el hecho de su consideración de funcionarios públicos a los que hasta ahora están prohibidos los movimientos sindicales y gremiales. Puede ser un indicio, puede ser una intención. En contra tiene su primera sangre: la vertida en Santurce al final de una manifestación en pro de la amnistía: se atribuye a "individuos vestidos de paisano cuya identidad se desconoce, a los que se vio con armas de fuego en la mano", según algún periódico. Quizá el nuevo ministro de la Gobernación no haya tenido tiempo de enfrentarse con esos "individuos vestidos de paisano" que actúan en diversos momentos de la vida nacional, quizá no sea más que una herencia del régimen de los "liberales" anteriores, tan añorados: pero ha sucedido. Y una prueba de lo que este gobierno sabe hacer, y de si sabe ser "fuerte en un Estado fuerte", como también le dijo el Jefe del Estado en el primer Consejo, estará en su voluntad y en su poder de esclarecer los hechos y de llegar al fondo en las culpabilidades, partiese la bala de donde partiese, y sin dejar lugar a equívocos en las informaciones.

ES un gobierno emplazado. Ha llegado en medio de la desconfianza general, y no ha dado lugar todavía, en su primera semana de despacho, a modificar esa desconfianza. Seguimos creyendo que su nacimiento, siendo legal, es antinatural y contrario a los sistemas democráticos que trataría de implantar. Seguimos creyendo que su condición de hijos del régimen y de guardianes del patrimonio puede llevarles más hacia el pasadismo que al progresismo de que alardean, y seguimos creyendo que la transición debe ser rapidísima y contando con las fuerzas auténticas del país. Estamos deseando poder rectificar y reconocer un Gobierno que, a pesar de todas las impurezas que nos parece contener, sea capaz de algo más y de responder mejor a las peticiones del país. Que ya ha conseguido desmontar al gobierno anterior por no haber sido capaz de interpretarlas. ■